

**LA FUENTE EN LA CASA
DEL CUENTO**

**LA FUENTE
EN LA CASA
DEL CUENTO**

Elvira Rodríguez Puerto

E

Ediciones Extramuros, La Habana, 2002

Edición: Ana María Muñoz Bachs
Dirección artística: Roberto Casanueva
Ilustración de cubierta: Rolando Pascual Oraá
Fotografía de cubierta: Elvira Rodríguez Puerto
Composición computarizada: María Elena Gil Mc Beath

© Elvira Rodríguez Puerto, 2002
© Sobre la presente edición:
Centro Provincial del Libro y la Literatura, 2002

ISBN: 959-266-022-0

EDICIONES EXTRAMUROS
Centro Provincial del Libro y la Literatura
Zanja no. 732 e/ Hospital y Aramburu
Ciudad de La Habana

El hombre de espíritu ama el agua

LAO TSE

A mi hija Dayana Benítez Rodríguez ,
a Ana Lidia Vega Serova, a Ivón Mayor,
a los amigos que aparecen en la vida de la
Fuente, y en especial a Michael Maurer,
por las doctrinas del agua.

(Este libro fue terminado de escribir en
el marco de la Beca otorgada a la escritora
por el Kulturreferat der Landeshauptstadt
München, in der Künstlervilla Waldberta,
Feldafing, junio/julio 1999, Alemania)

LA FUENTE, EL AGUA, Y OTRAS CIRCUNSTANCIAS

Hay fuentes de las que siempre el agua brotará cristalina, transparente, monótona. Los manantiales (fuentes que la naturaleza moldea a su capricho en los sitios menos imaginados) también darán un agua cristalina, transparente, pero siempre caprichosa, poseedora de ese enigma que en la entraña de la tierra el hombre no descifra. Eso es *La Fuente en la Casa del Cuento*: un manantial travieso de connotaciones únicas y distintas brotando de cada historia; continuidad desgranada en un enfrentamiento de significados y esencias donde personajes, situaciones, historias, convergen en una unidad: esa multiplicidad de lecturas que da al arte las claves para la comunicación con todos los públicos posibles.

Desde su aparición en la antología *El ojo de la noche* y su debut narrativo junto a la también narradora y poeta Aymara Aymerich en el libro *Deseos líquidos*, Elvira Rodríguez Puerto se reveló como un registro distinto dentro del concierto de voces de la narrativa cubana de los 90.

cubana actual, se desprenden del lastre del cotidianismo barato y emergen a la superficie de cada anécdota narrada con un simbolismo que los tipifica y diferencia, al tiempo que los eleva a un código nada provinciano, ni insularizante; distinto, por la recurrencia de sus entes protagónicos (ora clarificados, ora difusos, según su accionar en la trampa) en un espacio y bajo circunstancias donde el absurdo de la realidad y la parodia literaria de ese absurdo se entrecruzan y amalgaman como las gotas de aguas de fuentes distintas.

La extrema síntesis poética, el hálito de la cotidianidad poetizada, el regodeo en la simbolización de los personajes y el rejuego intelectual con las moralejas de cada historia (a veces microhistorias de micromundos) ofrecen además a *La Fuente en la Casa del Cuento* un exquisito carácter de epicidad heroica culminada en una coda donde las preguntas (curiosamente de tantas respuestas no respondidas) nos asaltan mientras intentamos inventarnos las olas, es decir: las ondas que seguirán inquietando las enigmáticas aguas del manantial, de la *Fuente*.

AMIR VALLE

OJO DE LA MIRILLA DE LA PUERTA

Ahora tenemos la posibilidad de mirarlo, palparlo, creerlo o no, o quedarnos boquiabiertos porque la manía del agua clara o sucia puede regarse y zambullirnos si (nos) lo hemos sentido, en lo más adentro.

Él le preguntó a Ella qué país escogería para visitar una semana. –El país A –dijo Ella, y la otra Ella– una Aldea en el país A con una fuente. ¿Existen las Aldeas? Hay una fuente en Bquilla. En medio de una plaza. Allí se bañan y jactan y descansan después que han nacido. Jactarse no ha sido tan importante, pero se come y se comen y se defeca y se defecan en él y en el maravilloso lugar. *Todos*. Yo. Los hijos de los hijos de los hijos, con preguntas y ningún movimiento o con las respuestas cariñosas de los hijos a sus hijos y una gran viceversa o un gran movimiento. *¿Existe el movimiento?* Por eso nos gusta el lugar hermoso y hediondo, porque lo maravilloso es lo imposible y jugar.

JUEGO DE LO INCIERTO

Para Baby y Franklin

B ha soñado que Franklin se ha caído bajo el contén de una acera. *Jugando*. Franklin también se apoda Pekar. Cuando cae, ella cree en la caída casi perfecta del que se levanta. Se enjuaga la cara en el lugar donde habitan y arañan todos, por lo tanto, donde se manchan las manos en el enjuague. Pero la caída ha sido muy fuerte y no se incorpora. —*¡Qué lástima!*— alguien observa. Ella corre para alcanzarlo y ve una cloaca. Le recuerda muchas cosas. *El alcanzarlo y la cloaca*. Como que ha tenido que llamar algunas veces a su hermano, del que nunca nada conoce, o que tiene estropeada la cara por el agua de la *Fuente* y no está segura. *De su hermano y de su cara*. Ella le pide que busque a Franklin (*imperativamente*). Ese es un saludo muy

normal (*de ella*). –Ahora mismo, *ya* –y lo empuja cercano adonde la caída, pero le ha dicho: –No, tu madre es como un refrigerador. No, es como un tren que pasa los campos. No, es como un yale que los hombres viran con sus manos. No, tu madre es como un servicio de MacDonaldis. Un millón de servicios de MacDonaldis. –*Sí*-. No sé a quién se lo dijo, o quién lo dijo, o si se encontraron.

REFLEXIONES EN EL SUELO

Él vio la cara muerta de la amiga de su madre. Entonces él era muy pequeño y flaquito. Otro pobrecito del que abusaban con piedras quitadas de la pared de la *Fuente* y lloraba. Por esto, por aquél y porque viene el otro, o por lo del otro. Y estuvo soñando con ella y la retrató muy idéntica y especial sin conocerla. Pintó en sus cuadros el piso estampado de flores silvestres y cuando no estaban las flores ni silvestres, y su cuerpo flaco, también viejo y algunas veces feo. Pero ella murió joven y la cara era muy linda. Solo marcas encontradas se llamaban “fealdad”, hechas por no sé cuántas manos que la adoraban, la ultrajaban, la dormían, y se durmió. Creo que tenía él esa cualidad de invertirlo todo. Así le pasaba cuando quería estar con Ella, la suya y verdadera, que era ya madura y agradable al hablar con

velos. Creyó en esas utopías del yo. Tenía un velo así y otro así, totalmente transparente y violetáceo, y lo volvía a repetir, como lo hacen los magos, *como se lo hizo un mago*, y luego se lo puso a Él. *El nombre y su cara*. Le dijo muchas veces el nombre de las otras y el de aquella que nunca existió. Le gustaba en demasía el juego de los inventarios y la provocación, y necesitó ver gestos-acciones-caras que se irritan con tan poco, o quién supo. —*Sí, sí que existió*—.

Su madre fundamentaba reflexiones inadmitibles o metibles. Dice que ella lo tocaba desde y cuando los pañales, y que hablaba de amor. ¿Qué habló de amor tocando sus nalgas sin pañales? Pero él era un niño flaquito y chiquito sin la piel limpia y estirada de uno de pañales, quizás significaba enfermo y todavía no pintaba. Y aún así salió a buscarla por aquella calle de flores silvestres que imaginaba había dejado en algún cuadro. Reconoció el lugar, cada sitio de banco y zapatos, y alguna rama que volvía a tropezarse sencillos e inge-

nuos, y el miedo lo hizo perderse y caerse y soltó mucha sangre. Quizás el banco, el velo, el mago. Ella lo levantó en los brazos y lo devolvió a su madre que esperaba en una puerta cualquiera que él no había pintado. –Siempre voy a pintar sin puertas, le dijo, me dijo. Un día él vio a su madre desnuda, y estuvo lento y detenido en cada rasgo sin cerrar los ojos, se cayó el vaso, era supuestamente de cristal, sin resistencia al golpe, se rompió, había mezclado un poco de todos los colores para cualquier pincelada, y una presión irresistible lo movía incontrolablemente. Golpeó la cara de su esposa que ya había pintado con todos los recursos aprendidos y plagiados, levantó cada losa raspada y rasgada y quiso romper más, hacia afuera y desde adentro, y volvió a ver su cara risueña y distorsionada y también destripó el cuadro. *El de ella.*

SATIS-FECHI-TUD

B ha soñado que tiene miedo a vivir, pero a vivir mal. Le prepara un sermón de esos a los que el convencimiento del miedo a cuándo se irá a morir, o cómo podrá ser, o cómo no va a sentir nada, ni escucharse, ni escucharme, ni escucharlos, ni observarlos o palparlos o respirar, que es tan agradable, o cómo podría ser posible, o *no lo quiero pensar*, o me duele tanto la cabeza de pensar, de pensar-lo, es imposible. Se justifica. —*Te mueres. Pasas a ser parte de esa materia orgánica. Luego tomas el cuerpo de una semilla.* —¡Ah, las semillas que por supuesto se convierten en lo mismo de siempre! Bueno, tú no sabes qué te toca, ni lo que te ha tocado, ni si has vivido en un lugar como esta fuente, o si esta es la vida que has vivido. Tú no puedes imaginarte nada. —*Puede además que te conviertasssss* (todavía está

en su monologismo) *en una rama de lo que siempre, lo mismo que creció, aunque no es mi caso, o que salieras volando porque alguien te ha volado*. Ah, mira, ahora ya soy un pájaro.

Ahora tengo alguna otra respuesta, pero el pájaro normal entra mediante un balcón siempre abierto y cualquiera de una fuente, hasta la sala, y lo descubres. A veces lo extrañas, a veces te entusiasma y conoces la familia, por las pequeñas arenillas que te hacen estornudar y restregarte y luego te molestan, y los vuelves a entusiasmar, y le preparas una onda de regreso a su infinitud de viajes y lejanía, de donde te hablaron, de donde no conoces y lo describes y lo imaginas y lo disfrutas, sin pensar en semejante descenso allí donde siempre el oscuro reparate un poco más, y sigues volando, porque no viene para: quedarse, oler, saborizar, refrescar, y el tiempo refresca, y abanica en el sentido de lo que *—no hay nada más que hacer—* y se quedaron, y los otros fueron a encontrar

un lugar divino de donde no quieren regresar, de donde no desean regresar, pero mi vecina tiene un gato, tiene dos y cuantos aparecen por el olor favorecido. El gato quiere comérselo todo, *se lo ha comido todo*. Los gatos lo acompañan y vuelven a las devoraciones, hasta el nido sagrado en lo alto de donde la arenilla y el estornudo, y entonces vuelve a nacer. Su otra realidad desconocida de la que nunca hablamos. Solo que prefiere la semilla. Entonces, vienen ellos a cagarle, y pellizcarle de patas y picos y de culo, si es que así se nombran, no el de ellos, de los míos, y vuelve a quejarse por morir otra vez mal, o no saber-querer morir distinguidamente sin apretazones por pensarlo, sabiendo que es lo normal, otra felicidad, *¿qué es lo normal y otra felicidad?*, me pregunta interrumpiendo el sermón de los que nada producen. Distinto a lo que él no desea vivir, y me justifico.

¡Ha escaseado el agua en la Fuente!

CONVERSACIÓN BARATA Y PROFUNDA

Ayer hablábamos en la *Fuente*. Yo juraría que un hombre viejo y de pelo blanco y traje extraño, y sin comparaciones, y una vara hueca-larga salió de allí. Entonces alguien me detenía a la fuerza en el lugar de al frente. Él intentaba disimular que su presencia era exacta y clara y yo lo observé, cuanto movimiento de sus manos y de su traje y de su vara, sin dejar un solo derecho de respiro al escape. Pero alguien todavía me detuvo más, creo que no podía mover ninguna parte de mi cuerpo por esa fuerza atroz que me inmovilizaba. Él hizo unos cuantos círculos sin medidas y veo ante mí un campo totalmente amarillo, así simplemente. Cada hierba alta y pequeña y ramas y hojas y paredes y tallos y flores y ropas de muñecos y animalitos totalmente

amarillos hasta que los pierdo y no puedo alcanzarlos. Creo que la *Fuente* tiene varios caminos, y veo una muchacha que juega alegremente en la danza de los tristes, porque todavía la mueve aquella vara de los círculos, -¿será por eso que aún estoy detenida?- Algo es más real y más cercano y ella quiere bailar porque es movida a bailar y no puede, le pesa el todo, y no es fácil bailar en un campo tan amarillo.-Siempre me pregunto cuánto sería lo fácil, y lo ignoro, porque sería ya dormirme, y:... *cuando mueras vas a dormir cuanto quieras*, y... me vuelvo a retirar-. Ella lleva un vestido de flores y un sombrero de flores, de fondo blanco, y todo alrededor es claro, por eso puedo verla siempre. Su cuerpo le pesa tanto que busca recostarse al árbol que ve. Solo hay un árbol. Nosotras vemos el mismo árbol, y todavía con los gestos más horribles y de cansancio por el peso y sin la elegancia de una bailarina, llega hasta él para recostarse como una piedra, *que suena sobre el árbol*, y me estremece, cuerpo, piernas, o

cuanto permanece a mi alrededor y en mis bajos de hierbas que ya me pican. Aparece él nuevamente, y regresamos al lugar de la fuente, donde no muchos han descubierto que hemos “alguna vez desaparecido”. Se me queda la angustia de los que no pueden moverse, y hay algo de dulce y de bruto en todo ello. He podido saberlo por el aire, que mecen las mismas hierbas amarillas y cada vara de nosotros. O porque cambiamos de vez en cuando los trajes, y no nos conocemos.

AMORES MATERNALES

Ella le da el chance a su Hija de comer cuando quiere, como quiere, y si quiere, en su sitio sucio, limpio, preferido, aborrecido o vomitado. Sus últimos gestos y gustos. Su Hija no tiene perretas. Ella una vez ha estado sobre el suelo de la *Fuente* como una niña malcriada, golpeando y pateando, chasqueaderas en el agua sucia y por qué no. Entonces su madre se ha tirado al suelo perretudamente. Su Hija calla porque le asusta la madre, ¿loca? No quería escuchar-aguantar a la madre loca. Ellas tienen un dinero pequeño. La madre pinta boberías y no vende. La niña pinta mejor que su madre en su naiftaísmo, y la abuela duerme y empata los días. Le gusta performarse pastillídicamente, problemas de la menopausa y porque su marido acaricia

aún más la guata de sus muebles y a la Wuata. Entregan la Hija a una Vecina desde que ha nacido y por ratos y les gustaría entregarla definitivamente, digo, a la abuela le gusta la entreguitud, no a la madre, pero la Vecina quiere irse fuera de un país. La abuela inventa historias a la Vecina para que no salga fuera de un país, al menos definitivamente: *—Allí se comen a la gente—*, y se quedan detenidas mirándose de ojos y reojos, y se retira para inventar una nueva historia, mientras la Vecina recoge algunas ropas para colocarlas en su baúl de simple nylon. Tiene la cara también un poco dañada (habladurías en la *Fuente*), porque ella con el otro y ya lo sabes, ¿quién no inventa historias? *—yo—* dijo la voz de Pekar. Entonces ella no quiere. Ella no puede. Tiene que visitar el otro país y nada la detiene, ni el ensayo de las perretas o porque la Hija a Vecina la hace feliz y no conoce todavía la palabra *País*, o quizás *Fuente*. Pero ellas no tienen el tiempo para tirarse a las patadas y a gritos sobre el suelo cada vez

que se repita. Quizás la Wuata. Pero no la aceptan. -¿Cuáles son las propiedades de la aceptación?, ¿la adaptación? La niña Hija no desea comer o tomarse la leche, cuando a tanto no poder o a fuerza de los otros, prefiere restregar su cara en los ocres malolientes del corral y de su *Fuente*. Su madre se despide de Vecina que abandona un país. Le entrega en su mano también dañada una lista del regreso y abuela mira alrededor de Bquilla, a la madre loca y a toda la gente entretenida y alejada. Así vierte la leche sobre la cabeza de Hija que rechaza para tomar. Así le hacía desde siempre a Hija.

EL ILUSTRE

Para Michael-Furniture

M vive en N.Y. Trabaja en N.Y. En un Banco y no le gusta. Trabaja muchas horas que no cuenta. Solo el dinero de su caja. Lo odia. Tiene que dormir después de tantas horas y no puede hacer lo que le gusta: crear muebles postmodernos. Creo que confunde las letras y recibe aglomeraciones. Enfermedad de la *Fuente*. Aprende de su abuela. Su abuela vive en N.Y. Ahora sola y lejos de su casa. Tiene el pelo separado. Ella envía un currículum inventado a las afueras de la *Fuente*. Yo pensaba que solo era en el caso de Pekar. Le escriben a él. Odia leer. También dialectos pero lo habla. Gana un concurso para estudiar, ¿experimentalidades? Vivía en N.Y. Su casa era de tablas enmohecidas y sábanas floreadas, que trajo del lugar de la *Fuente*. Entonces las empaquetó.

ENTUSIASMO DEL ENVÍO

Pero ella le escribe cartas de amor a su madre. —*Te quiero mami necesito esto te extraño mami y también necesito lo otro te amo y beso mami pero quiero algo urgente lo necesito ya.*

Ha soñado en la *Fuente* con unos zapatos de charol.

Así le escribió muchas veces y su madre no sabía nunca qué enviarle. Hace algunos años no la ve. La madre siempre le pregunta —¿cómo estás?— y ella —yo ahí, tirando, al menos el pan no es negro pero tampoco es caro, al menos muchas veces no lo puedo comer y se lo doy al hijo, el hijo siempre tiene mucha hambre crece y gasta muchas ener-

gías y panes, pero no te preocupes no estamos en guerra, digo, *en la guerra*, al menos tenemos algo y ya. Se puede comprar por la mañana, ¿sabes?, entonces es muy caliente y sabroso y disfruto la calentura mirando al hijo, pero te vuelvo a decir no te preocupes, solo no es sabroso ni caliente cuando no lo han hecho o no te lo entregan hasta el otro día, y ya te digo, al menos lo tenemos, y a veces hasta en la otra mañana puedes tener dos, ¿no te parece bonito? En fin, se puede comprar hasta de “todo” cuando hablamos de aldeas y de *Fuentes* y de quillas, o de cada sesión de estas veintenas de horas que no te das cuenta de qué pasa, de cuánto es que pasa. Su marido la fuerza cada vez más a escribir cartas de amor a su madre. Listado de pedidos. Pero la hija dice que no. Que su madre gana muy poco y trabaja en un lugar oscuro y profundo donde solo luces de cocuyos –¡qué horror!, y la frialdad, mi madre allí con tantos tipos, si tuviera alguna tipa como en mis cuentos anteriores, no estaría tan cansa-

da y aburrida –sublimación de lo nuevo–, o con tipas o con tipos –pero siempre es sublimación lo nuevo. Su madre gana muy poco pero siempre consigue mucho, tiene esa suerte grande y poca que los otros desconocen, siempre le regalan algo: alguna ropa usada, algún auto usado, alguna casa usada, alguna piscina usada, algún avión usado y siempre viaja mucho pero regresa a donde los tipos y los cocuyos –*pobrecita mi mamá viviendo siempre de cosas usadas y del regreso.*

–Quiero que le pidas algo. –No, no me atrevo, nunca podría pedirle nada específico de todas formas ella siempre pregunta, y aunque yo no le diga nada, ella sabe cómo se vive en una fuente, ya le he escrito cómo se vive en esta fuente (neceditis aguditis).

–Mándame lo que tú quieras, pues no se me ocurre qué me puedes enviar con tantas cosas nuevas y viejas que se unen en un punto chiclado y.....ha llegado un paquete con florecitas pequeñas y corazoncitos, y liguitas

y cordoncitos y alambritos, y polvitos y estrellitas, y algunas lunas azules, solecitos de tamaño mediano, envuelto en muchos papeles hasta de papel periódico y sanitario, con todo tipo de papel periódico y sanitario
–A mi madre le gusta el desenvolvimiento
–sonríe feliz.

Su madre le ha enviado una caja inmensa de bombones.

FLOPPIES EN LA PLAZA DE LA FUENTE

UNO: Flash de la apertura

Esperamos porque el día cambie. Es un día cualquiera de los padres pero no veo, ni entro en las casas para averiguar cuánto es lo que pasa, que ellas, las esposas, o las hijas o las madres de los padres les lleven flores o regalos. Todos andan del brazo del otro. No importa cuál. El caso es estar de cualquier brazo, o tener un brazo para recostarte o tener otro brazo para apoyarte, y por si te faltara el imprescindible para rozarte. Veo personas sin brazos. Los nudos de los cortes no tienen límites y ellos o ellas lo enseñan. También las que llevan solamente una pierna gorda y hermosa de esas de las que siempre ilus-

tran la pasión de los hombres –una pierna siempre es una pierna–, pero ella no la tiene, la otra no aparece, le queda una todavía hermosa y una cara y camina ayudada por alguien que no vemos. Nos enseña con ese deseo todavía de andar, que aún puede ser: ellajovenalegre vivaz –la petit–, entonces una saya corta de piel material carmelita, tatuada una flecha en su pierna izquierda que nace desde lo alto del muslo y en dirección abajo. La flecha es verdinegra y curva y quizás nos indica dirección al dedo o al suelo o: tomar el sol en medio de la plaza.

DOS: Semiapertura

Una niña nos regala flores blancas sin perfume. *No lo encuentra*. Y consigue el spray que usa y vuelve a olerlas y estornuda. –*Ahora puedo regalártelas* –me ha ofrecido sus flores sprayzadas.

TRES: Después de la semiapertura

Una madre se ha comprado un pelo de trenzas, porque ha estado cansada del suyo. El pelo de trenzas la hace siempre limpia porque amanece peinada. Así tiene una buena excusa para que su hombre (el que viene en las noches) no la despeine cotidiana y mente. –*Luces más cruel y más dulce con pelos tiesos*–, le dice el hombre todavía galáctico. Ella se siente liviana y lanza su pelo, que nunca antes tuvo, al aire. El aire tampoco la despeina. –Esperaré a *Aire*.

CUATRO: Flashazo de las carreras

Un niño corre detrás de las palomas que habitan en la plaza. Se acerca, les grita, les hace señas con sus manos. Las abre y las cierra (*a las palomas y a las manos*). Las espanta. Con las manos. *No a las palomas*. Ellas no han visto el grano que quieren. El niño sigue corriendo y regresa a buscar su juguete abandonado. Vuelve a mirar las palomas con cierta pregunta que no les hace/hacen. Y va a su juego perfecto y sin cansancio. Su padre no lo recoge.

CINCO: Flash del amor llamado re-encuentro

Hay una pareja. Ella suelta su equipaje sobre la calle de la plaza que están haciendo. Suena muy fuerte la tirada del equipaje, tanto que entonces todos le miran por el estruendo. Él no ha escuchado la tirada del equipaje y no ha visto si es pesado, no sabe que está allí. Solo que *la besa. La besa. Lo ahoga.* Ella inclina los pies en las puntas de sus dedos, y quiere arrancarle el pelo y la carne de las orejas.

Se toma el sol en medio de la plaza porque el sol, hasta ahora, no ha querido irse... Eso no es muy natural. Que el sol quiera irse o que: Sentarse en el banco. Estirar los brazos abiertamente hacia los lados. Cruzar la pierna sobre la otra. Echar la cabeza hacia atrás. Cerrar los ojos. Alpearse.

Alp...(Sueño)...Alp(a): una mujer que sueña

SEIS: Diferencias flashadas

Femeninas

Las mujeres elegantes y/o rockeras, mayores y/o adolescentes y/o tatuadas o no: *sacan a sus perros a la plaza*. A que orinen en la plaza. A que sientan su libertad en la plaza. Le han quitado las cadenas del amarre. Solo le han dejado un collar con nombre, y al final le chiflan y regresan. *Chiflido del amaestramiento*.

Masculinistas

Los hombres no muy elegantes y/o exageradamente consulares y/o disc jockeys, solos, pero abrigados y/o descamisados y/o con ropas prestadas de valijas nunca llegaron: *sacan a sus perras finas*, y de pelos cortados, y pequeñas, a la plaza. A que se sienten un rato a su lado. A que miren y huelan a los que pasan. *Si pasan*. Si no tienen tapados sus ojos, si no tienen tapados sus olfatos. *Hablan*. Entendimiento de los casados: hombre-perra.

Él, *uno de ellos*, pasa la mano por el lomo de ella. Ella, *una de ellas*, jadea, mueve su rabo y saca la lengua. Pero no le han quitado todavía las cadenas, ni busca la pata de un banco. Solo que *gatea* entre la hierba y la tierra húmedas. *Se encuentra*.

SIETE: Flash de la modernitud

Una chica confort ha esperado la llegada del verdadero florecimiento y el verano. Tiene muchos colores en su pelo corto, y muchos aretes en la carne de sus orejas, y se pisa los pantalones de campana, y su cara es muy roja y niebla. Lleva ropa nueva que luce como vieja, atada en su cintura, y viene saltando cuerda durante un buen rato. *No lleva perros ni flores.* Lleva brazos, piernas y zapatos muy altos con los que todavía salta, salta, salta, hasta que partan sus tacones. Crajjjjjjjjj.

COSAS DEL ALGUIEN HOMOSEXUS

*Para Raymel, y a todos lo que quieran
esta dedicatoria que Alguien vivió.*

I

Alguien espera desde afuera a que todos duerman. Prefiere escuchar el sonido de los animales raros de la noche. *Él es un animal, y un raro.* Los de adentro esperan a que los ruidos de la noche desaparezcan para conciliar los sueños o dormir profundamente. Es necesario tapar sus cuerpos con sábanas a medio lavar numeradas en las esquinas. También sus nombres. Alguna mano saldrá del escondite de la sábana y hará un ruido de matar al que mataba con su boca de chupador. Luego se incorpora al sueño otra vez. Sin virarse. Mantiene la postura ideal del

boca arriba. Cabeza y cuerpo tapados obligatoriamente para esquivar los otros. *Alguien* observa que una sábana se yergue como si la armazón de un fantasma creciera. *Alguien* ha estado esperando. Luce como un vampiro necesario. Sed de fuentes. Llega al lugar sin capas ni dientes. Usa un abrecartas (¿abresábanas?) delicado, regalo de artesanatos de la Catedral famosa. Marfil y cedro y filos. El cliente duerme. Al menos sonrío porque sueña. Así han de soñar los adolescentes: *boca arriba, y tapados*. El chupador se encanta y absorbe y no mira alrededor ni en su cara-profundidad de sueños. Todavía absorbe. No por mucho rato porque el cliente lo ha estado *soñando/pensando*.

II

Alguien espera desde afuera a que todos duerman. Prefiere escuchar el sonido de los adolescentes cuando duermen pero desde afue-

DIARIO DE LA EX FUTURA ESPOSA DE UN EXTRANJERO

Siempre me han llamado Alp(a). Dicen que conozco esa historia del Alp que viene a sentarse en mi pecho cada noche para no dejarme respirar. Que por eso explico mi nombre y que creo que yo misma no me dejo respirar. *Porque el nombre y el hombre.* Vengo de una isla mitad de *Fuentes*. Él no lo ha entendido. Allí dibujaba las siluetas de una geografía incorregible. *Pero era mi geografía:* las costas marcadas con dedos de amantes y: sobre la hierba. La *Fuente* tiene hierbas. Mide un metro a toda la redonda. Pero no la huelo, ni la cojo. Me la pierdo. Allí *no nos* hemos desnudado todos, solo los que lo han querido. Allí buscábamos el lugar romántico y universo y un *alguien*. Quizás cambiar a veces los tónicos del agua. Pero *él llegó*. Al final se siente mucho prontamente, o que ni caen

flores ni hojas de los árboles. Solo alguna mierda de los pájaros, y que se tiran el agua y que me invento las olas, y que una vez pasó.

EL HOMBRE QUE AMABA A LA MUJER ILUSA

Para Sebastián Leal y Malvis

Pekar probaba sus besos cada vez, de fines de semana. Buscaría pretextos-pretensiones para *ir*. No le importaba hacia el punto exacto del destino, solo ejecutar la acción de ese verbo y luego vería. Para ello quiso utilizar una casaca rasgada, porque el desuso cerebral en sus buróes, un poco de bastidor y humedad deberían requerir una mano femenina que acotejara a cada uno, y porque siempre escuchó *que una mujer es casi necesaria*. La casaca debía cambiar también el lema del cada vez: *te amo*, en todas las lenguas posibles practicadas o no inscritas, pero totalmente lenguas. A veces hasta disfrutaba ver como algunos utilizaban la lengua para limpiar sus pieles, mientras él se iniciaba en

el discurso a las cantatas de la conquista. Alguien lo nombró “El Conquerer”, porque sabía que la mujer: iluso, que cada noche venía a ultrajarle en sus meditaciones, leería una vez en él, y luego el beso, y del beso a una invitación de su *muestra casera de quehaceres y quehaceres casi artísticos* la prontitud al quedarse y establecerse sería remota. No le impedía satisfacer sus actos si no diseminaba líquidos. O si su longitud de hombre tocara fondos o paredes, o los desgarrara. También la mujer debería aceptar el dolor del desgarramiento —*para eso una mujer es una mujer, para gritar los desgarramientos que un hombre disfruta*— gritaba el vecino cuando orgasmeaba detrás de la puerta y el cuadro del hijo y de la madre. Bastaba, solo el acto, repito, un beso, y el romanticismo no absurdo sino necesitado de la noche, que ella caería en sus: labios. Sus ojos y su lengua siempre la llevaría a sus labios. A los de él. Llegó a un lugar con ropas y máscaras ines-

peradas de negritud constante y marcaduras de los huesos. Solo notábamos sus ojos grandes menos mal que nada huecos. Con movimiento tenaz de cacerías y su azadón de madera larga y astillada, que desprendía algunos pellejos de sus manos y nada de sangre. Sería él también el hombre iluso de una mujer ilusa. *-Un hombre que no sangra es un hombre que no sufre, es un hombre menos hombre que otros hombres-*, y así la miró. A ella. A Ilusa. Tenía también madera en sus manos pero pulidas, brillosas, casi hasta la fosforescencia, y tocó cabeza de él. Finalmente, como ves, tenían un lenguaje común de toques de maderas y él dejó de buscar e *ir*. Durmieron juntos, muchas noches y días normales, y muchas noches y días eclípticos, de donde no llegaba el sol, de donde no llegaba la luna. Él creaba unas figuras raras pero no grotescas. Así decidió su creación con agotamientos infinitos, y ella estuvo allí, cada vez, y él, lo sabía, pero no tenía ojos para el

momento de apreciarla o realmente saberlo. Nunca antes aquel estrecho lugar fue más brillo y fosforescencia desde su entrada para el “quedarse por causa del beso y las madeiras”. Mientras, él iniciaba y terminaba esa multitud de figuras raras y todo tipo de sitios aledaños y adornados (como no es la vida). Ella, aburridamente y triste, disecaba sus uñas recién desprendidas en cada hora que no podía distinguir si pertenecía al día o a esa noche, o si esa noche fueron varias, o muchas, y luego más, hasta llegar bien adentro de su carne, casi era ella una isla de huecos por doquier, por culpa de sus ojos, que no la miraban realmente, solo sus ojos fueron de escucha al *—que ella hace algo—*, pero sus ojos nunca antes fueron hueco, ¿recuerdas? Cuando Pekar bostezaba y estiró su cuerpo, la fosforescencia doméstica era salida como de uno de sus cuadros. No miraría más su mugre o sufriría sus mismas pestes del *—qué no hacer—*, así terminó su obra maestra. Esa que

miró y miró durante todas aquellas horas en las que no estaba seguro si ella existía. Solo su obra, todavía en el piso y sin colgar, porque recién terminaba, y luego bajó hacia el lugar donde supuestamente había soñado antes de *ir*. Su lugar de no estudio, su lugar de espera de los amigos, critics, y del amor, la mano femenina hallada. Empezó a recordarlo todo. El beso, el lenguaje, y que ella era la mujer ilusa o su iluso (como todas las mujeres en ese imperio de lo doméstico pulido y la perfección femenina). Cada objeto estuvo en su lugar, así, nada con movimiento, como si realmente los mismos objetos no cobraran vida alguna vez, él pensó que ese no era su sitio, que nunca antes estuvo allí: el vaso donde el vaso, la luz donde la luz, el agua donde la fuente, y la foto sin el polvo. Pasó su dedo para chequear los polvos. Su dedo ensució la foto, y entonces él no tenía nada que inventar para su: relajarse. Todo siempre fue arte plus arte. En una esquina de las

cuatro paredes, donde no daba claramente la luz, dentro de un traje todavía blanco, se consumía ella, a la que el tiempo no mereció del tiempo. Aún así viviría cuatrocientos años más, y él inició su acto de rompimiento, pero con ropas de pinturas. Empezó a abrazarla con fuerza atroz, como si la mujer del beso fuera la misma mujer que su madre, ya cansada y triste y ella, Ilusa, casi, desaparecía. Pekar empezó a llamar a sus amigos, a preguntarles en qué tiempo de minutos limpiaban y/o pintaban sin mujeres o con ellas, y todos lo hacían solos o con ellas, olvidándolas también o no, qué más daba, algunas veces a golpes, o planchazos y morados, juntos, separados o aborrecidos, se refería a minutos de vida, perdidos o ganados. Entonces la abrazó más, quitándose de las energías de la creación y el masculinismo, y empezaron juntos el rompimiento del orden. Ilusa empezó a llenar su traje blanco. Luego pintaron ambos, todavía figuras raras, tan raras que

destilaban olores de la mugre, de algunos días, pero algunas veces, sin que lo observaran, la fosforescencia crecía y otra vez: Desapareció.

LO QUE CADA UNO SE MERECE

Ella quería amar al hombre de los calcañares rosados, pero él tenía los codos tan rojos de apoyarlos y nunca separarlos del lugar de donde no hay espléndidos. Por eso siempre estuvo triste y cansada y pidiéndole todos los deseos prohibidos de *la uente*, los de ella y los de todos, para poder lograr sus juegos de niña violentada, y él solo advertía –Tú no puedes hacer esto ni lo otro, ni caminar allí o allí, no mirar a quien no te pertenece. Eso que es tan rico y que lo practicó hasta mi abuela del N.Y con pelo separado y todo separado y luego era feliz por el listado de los recordatorios, o porque aquél le conviene a otra, y no a ti, o búscate a alguien de los que tú sabes y que no sea de esta plaza –me decía mi abuela. Por eso hice esto y lo

otro, caminar allí o allí, mirar a quien no me pertenece, me pertenecerá y le pertenecí. –Sólo ellos vienen a joder y a coger –decía la voz de una amiga crítica, pero mi abuela, aquella pobre infeliz siempre tenía sus teorías divinas y eclesiásticas. –Ah, ¿pero tú no coges nada?, ¿hasta cuándo el cuento? Mira, busca a alguien de los que te convengan, observa la plaza, el techo se ha caído, sería mejor alguien que fundiera vigas antiguas de tu casa, por si acaso, y luego te llevara. –Por eso escogí al de las cosas rosadas y porque lo de que me llevara, alguien de esos que es mejor pensar se trate de un principito dorado o magullado, que pronto se va a morir y nada tienes que hacerle y se complace con solo mirarte los tobillos descubiertos. Lo que no me recuerdo es si era la voz de mi abuela, mi vecina o mi madre, pero hasta la voz de un extraño podría confundirme con esa voz de la experiencia y yo poder disfrutar. Todo lo que sonaba a disfrute era mejor. No quería sentirme más cohibida, o separada o burlada

o perdiéndome a mí misma. Por eso no hacía comidas bonitas o desayunos esplendorosos, alguna vez lo hice imaginativamente y la mesa quedó muy adornada, pero él lo veía todo feo, cursi y sin gusto, no valía cuanto entusiasmo o deseo depositaba para creerme que todavía era yo. Y cada vez invitó a alguien y yo comí o jugué o provoqué o herí, y emborraché, me emborrachaba cada vez un poco más y sentía la felicidad de ser yo sin darme cuenta, no importaba cuánto hiciera y en dónde hiciera o si el pelo separado o las piernas separadas, y los otros allí mirando de reojo por la pena, pero afirmando que les gustaban, eso, estar allí y mirar cuanto prohibido y separado. Hay uno que quiere y otro que se deja querer, pero ése no era nuestro caso, porque sabía a matrimonio, y en un matrimonio donde todo es rosado las cosas suelen ser distintas, digo si tú no eres totalmente rosada. Nada, que el infierno está lleno de brujas, prostitutas y escritoras, me dijo una amiga que venía del país A, y que ya lo

tenía requeteescrito y siempre me lo enviaba para que yo realmente viviera. Pero yo solo quería un morito de Lenta –¡Aquíííí!–, alguien que realmente me dejara ver y vivir y ser yo aunque fuera alguien rosado y magullado, y no lo pude soportar, al menos no más por estar afuera de la *Fuente*, de la plaza y de Bquilla, y quise estropear aquella noche donde ya nada me sabía colorido y porque siempre jugaba de niña a romperlo todo para hacerme feliz y me repetía –¿A quién le gusta el jamóoooooooooon? –a míiiiiiiii. –Y me comía con un platillo plástico y una cucharita rajada, como todavía los tengo e invito a mis amigos y se sienten felices cuando comparten esto que es mío y que es de ellos, pero... ¿a quién le gusta el refresco de limón con azúcar prieta, prieta, prieta? –A míiiiiiii –decía Pekar. –¿A quién le gusta la piña matura en una panetela, con adornitos de bichitos y bichitas y besitos y besitos, y velitas encendidas y desechables? –A míiiiiiii –dijo otra vez Pekar. –¿A quién, a quién le gusta el

culito? –A míiii!!!! –¡Denle el culito del pollo a él! –y al fin, *la liberación*.

ÍNDICE

- 9 *La Fuente, el Agua, y otras Circunstancias*
- 11 Ojo de la Mirilla de la Puerta
- 12 Juego de lo Incierto
- 14 Reflexiones en el Suelo
- 17 Satis-Fechi-Tud
- 20 Conversación Barata y Profunda
- 23 Amores Maternales
- 26 El Ilustre
- 27 Entusiasmo del Envío
- 31 Floppies en la Plaza de la Fuente
- 41 Cosas del *Alguien* Homosexual
- 44 Diario de la exfuturo esposa de un Extranjero
- 46 El Hombre que Amaba a la Mujer Ilusa
- 53 Lo que Cada Uno se Merece

Este libro fue impreso en la RISOGRAPH
del Centro Provincial del Libro y la Literatura
de Ciudad de La Habana
Año 2002
«Año de los Héroes Prisioneros del Imperio»